

July 2004

Número 52: 5.º domingo de Pentecostés-8.º domingo de Pentecostés

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2004) "Número 52: 5.º domingo de Pentecostés-8.º domingo de Pentecostés," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2004 : No. 52 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2004/iss52/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 052 – Julio de 2004

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable para el mes de julio de 2004: Pablo R. Andiónach

Domingo 4 de julio, Quinto domingo de Pentecostés

Salmo 66:1-8; Isaías 66:10-14; Gálatas 6: (1-6) 7-16; **Lucas 10:1-11, 16-20.**

Luego de que varias personas declaran la intención de seguirle (nos referimos al texto inmediato anterior) pero que se revelaron intentos fallidos, ahora Jesús nos anuncia que está organizando a su gente para que vayan por las ciudades a anunciar que se ha acercado el reino de Dios. Irán en parejas y visitarán aldeas comunicando el mensaje.

Hay varios elementos que deben destacarse de las palabras de Jesús en ese envío.

1. Los obreros no alcanzan. La tarea excede en mucho sus fuerzas de modo que les pide que rueguen por más personas que asuman la tarea de anunciar el mensaje. De algún modo Jesús está diciendo que a partir de ahora no hay retorno en su misión –y la de la incipiente comunidad de seguidores que luego llamaremos iglesia-. Por que nosotros somos hoy los continuadores de esos predicadores insuficientes. Ya no hay espacio para la especulación o para las indefiniciones. La rueda se ha echado a rodar y hay que asumir el compromiso que ello implica.

2. Señala que los envía como corderos entre lobos. ¿Qué significa esto? Por cierto que no alude a que los creyentes sean tontos ni ingenuos. Tampoco a que deban actuar como si no supieran cuales son las coordenadas del mundo real, de la sociedad en la cual se los llama a compartir el evangelio. Creemos que el simbolismo de esta expresión nos conduce al ámbito de la hostilidad y de la confianza. La sociedad a la que se dirigían por momentos recibe a Jesús y su mensaje alborozada, pero en otros casos lo hace temerosa y hasta con agresividad. Los creyentes deben estar preparados para asumir tanto la hostilidad como la bienvenida. Y en ese contexto deben saber que serán protegidos por Dios sea cual fuere la situación en que se vean envueltos por anunciar la Palabra. Así, los corderos son aquellos que saben de su fragilidad al estar entre lobos, pero “estos corderos” también saben de la compañía de su Señor en esa tarea.

3. No llevar equipaje es una indicación extraña. Que no saluden en el camino lo es más. Acaso no debían prepararse para una tarea larga y que lo llevaría por muchas jornadas lejos de sus casas. Acaso no era correcto y necesario saludar amablemente a la gente a fin de que vieran que no estaban haciendo nada oculto, nada de que puedan avergonzarse. Ciertas órdenes mendicantes de la edad Media asumieron estas indicaciones al pie de la letra y sus miembros vagan de pueblo en pueblo en harapos y resultando hostiles a los demás... porque no contestaban los saludos.

Parece que estas indicaciones tienen más que ver con la intención de que no distrajeran tiempo en cosas “menores”. La alforja podía simbolizar que estarían varios días en un mismo lugar cuando lo que se requería era que fueran itinerantes, que recorrieran los lugares sin afincarse en ninguno. La inclinación a saludar es posible que aludiera a la tentación de hacer amistades y aquerenciarse a un lugar. Debe ser claro para nosotros que nada tiene de malo establecerse o alimentar relaciones de amistad. Jesús tuvo amigos y suponemos que también alforja. De lo que se trata en este caso es de no condicionar la misión a otros factores, de no ponerle límites propios a lo que exige una dedicación plena.

Hoy podríamos –y debemos- traducir este texto de modo que se entienda que el Señor pide de nosotros que seamos fieles a su mensaje con la totalidad de nuestra vida. Hay equipajes mentales y amistades nocivas que más que ayudar van a ser un estorbo para la fe. Y pueden no ser personas sino actitudes, hábitos, prejuicios que no alejan de dar un mensaje claro del evangelio. Identificarlos y saber colocarlos en su justo lugar es tarea del creyente.

4. El obrero es digno de su salario. Estas palabras de Jesús son increíblemente actuales. Hoy cuando a millones se les niega la posibilidad de ser obrero –es decir, de tener un puesto de trabajo digno, de ganarse su pan con el sudor de su frente- el Señor señala que quien trabaja merece su reconocimiento. En aquellos tiempos en que la esclavitud era una realidad socialmente aceptada, estas palabras de Jesús reivindican el valor del trabajo humano. Quien trabaja tiene derecho a disfrutar del fruto de su trabajo. Pero a la vez estas palabras son por extensión un respaldo a la idea de que toda persona tiene derecho a vivir en una sociedad organizada de tal manera que haya un puesto de trabajo donde ejercer esa vocación humana. Y lo inverso es también cierto: cuando se planifica la economía de modo que millones queden sin trabajo en bien de los resultados macroeconómicos (es decir, inhumanos, porque siempre las personas somos “micro”), se está yendo contra leyes fundamentales establecidas por Dios a fin de proteger la vida y la dignidad de sus criaturas.

5. En los vs. 17 al 20 se nos cuenta que los discípulos regresaron llenos de gozo. Habían cumplido esta parte de la tarea y estaban satisfechos por ello. Sin embargo la razón de su alegría no coincide con lo que Jesús esperaba de ellos. Se alegran porque “hasta los demonios se nos sujetan”, una forma de decir que no había enfermedad o malestar que hubieran podido curar o aliviar con su presencia y prédica. Es probable que al llevar el mensaje de amor y esperanza a personas que estaban necesitándolo muchas situaciones tenidas por demoníacas se hubieran eliminado y muchas enfermedades realmente curado. Esto los llena de gozo.

En cambio Jesús tiene a menos sus palabras y pone el acento en la función que han cumplido. Al ser partícipes del reino de Dios “han inscripto sus nombres en el cielo”, y eso es más importante que cualquier demostración de poder. Por otro lado, ese poder dado por Dios siempre es posible que sea utilizado como un bien personal y como una forma de ganar prestigio. Todo, incluso la santa palabra de Dios, puede ser pasible de ser mal utilizada, de derivar en un medio para la vanagloria y el propio beneficio. ¿Acaso no se han cometido tantos atropellos a la inocencia y a la dignidad enarbolando el nombre de Dios?

Esquema para la predicación

1. Siempre es aconsejable resumir el contenido del texto leído en uno o dos minutos. Es bueno recordar que no todas las personas pueden retener una historia medianamente compleja que se les ha leído en voz alta.

2. Luego se pueden mencionar las características de las palabras de Jesús (ver puntos 1 a 4)
3. Se pueden meditar sobre las consecuencias de cada una de esas recomendaciones o seleccionar una o dos de ellas y extenderse en analizarlas.
4. Meditar sobre nuestra misión hoy. En nuestro barrio, nuestro ámbito, en los distintos espacios de nuestra congregación. ¿Qué papel nos toca a cada uno?
5. Ir hacia las reflexiones finales (punto 5). ¿De qué se alegraban los discípulos y de qué espera el Señor que nos alegremos?
6. Finalizar con un llamado a dar testimonio de la fe en los lugares donde estemos. Ser corderos significa que sabemos de las dificultades pero también de la protección de Dios.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 052 – Julio de 2004

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable para el mes de julio de 2004: Pablo R. Andíñach

Domingo 11 de julio, Sexto domingo de Pentecostés

Salmo 25:1-9; Deuteronomio 30:9-14; Colosenses 1:1-14; **Lucas 10:25-37**

El relato del buen samaritano es de los más conocidos y comentados de los evangelios. Como anécdota es una de las preferidas en escuelas dominicales y estudios bíblicos. Y lo es por su densidad pero a la vez por su simple profundidad. Es casi imposible no decir que cuesta comentar algo nuevo o novedoso sobre un texto como este. De todos modos intentaremos dar algunas pistas para presentarlo de manera que el oyente de nuestra predicación se interese en indagar que hay detrás de esta conocida historia.

Señalamos los siguientes puntos:

1. Quien se dirige a Jesús lo hace para probarle. La intención no es aprender algo de él o recibir una respuesta a una duda espiritual o existencial. Solo quiere poner a prueba la habilidad de Jesús para salir de un apuro intelectual. Sin embargo el Señor no va limitarse a responder con ingenio a fin de salir airoso de la prueba sino que aprovechará la ocasión para darle una lección a este escriba y a quien lo estuviera escuchando. Que al finalizar la historia se diga que el escriba responde a Jesús “el que usó de misericordia con él”, indica que aunque su intención original era espuria, al final no pudo eludir tener que involucrarse en la discusión y asumir una posición respecto a lo escuchado. Fue a dar una lección y finalizó recibiendo él una enseñanza.
2. La pregunta que le hace a Jesús es por la vida eterna. No es una pregunta menor, por no decir que es una pregunta fundamental de la vida humana. Los faraones hace 6.000 años se hacían esa pregunta y la contestaban construyendo tumbas que hasta hoy nos asombran. El hombre moderno busca eternidad en la fama o en el dinero. La verdad es que ni los monumentos ni las luces de la fama responden solidamente a esa cuestión. Jesús va a dar otra respuesta.
3. Jesús comienza por lo más sencillo: ¿Qué está escrito? Es como si hoy cuando nos preguntan por si está bien o no robar contestáramos: ¿qué dice la ley? La respuesta es obvia y el escriba que conoce la ley contesta correctamente. El amor a Dios y al prójimo es lo que el Señor manda para acercarse a la vida eterna. Es la norma de vida dada a todos los creyentes en el Dios bíblico.
4. Pero algo no estaba del todo bien para este escriba. El quería demostrar que Jesús se equivocaba y ahora se estaba quedando con las manos vacías. La actitud de Jesús era tan simple y llana, tan sin vueltas que su proyecto de hacerlo quedar en ridículo había fracasado. Entonces piensa que insistiendo podrá desenmascarar su debilidad conceptual y vuelve a preguntar: ¿pero quien es mi prójimo? Si su intención fue complicarle la vida a

Jesús lo único que logró es otra vez ofrecer una ocasión para que el mensaje fuera presentado. Jesús ya no contesta directamente: ahora narra una parábola. Al hacerlo de este modo trasciende la respuesta al escriba para dejar una lección a todos los que escuchan, tanto en aquel tiempo como hoy.

5. El relato es conocido: un hombre es asaltado en el camino y dejado lastimado y abandonado. Pasan un sacerdote y luego un levita y ambos sucesivamente continúan su camino. Luego pasa un samaritano y tuvo compasión de él y lo atendió en sus necesidades. Recordemos que tanto el sacerdote como el levita eran concedores de la ley y además pertenecían a sectores de la población que gozaban de prestigio social. Eran tenidos por personas “puras”, que obraban la ley en sus detalles y que estaban “más cerca de Dios” que el resto de los mortales, tan solo porque la función que ejercían los hacía parecer más piadosos y observantes. El resto del pueblo esperaba de ellos una actitud afín con la fe que profesaban.

6. La enemistad entre judíos y samaritanos era centenaria y en ellos dos fue más fuerte que el llamado de Dios a amar al prójimo. Era una enemistad prejuiciosa de ambos lados pues se basaba en odios contruidos sobre hechos lejanos y de los cuales ninguno de los habitantes de esa época tenía mucha certeza sobre cuan verdaderos eran o habían sido. Es importante notar que también los samaritanos despreciaban a los judíos. El rechazo era mutuo.

7. El tercer hombre es un samaritano. Este también tenía la misma fe que los judíos y las mismas Escrituras regían su vida. Los prejuicios –en este caso en sentido inverso- eran también parte de su sociedad y su formación. Sin embargo en él el mandato de Dios fue más fuerte que los prejuicios. Un ser humano estaba caído y era su deber atenderlo. Para la ley no importaba si era judío o samaritano: alguien lo necesitaba y él estaba allí para ayudarlo.

8. Es importante destacar que para los judíos –a quienes Jesús les hablaba- atender a un samaritano caído era también una obligación moral, pero que sus prejuicios y falta de sensibilidad había anulado ese aspecto de su fe.

9. Al finalizar la narración Jesús vuelve a dirigirse al escriba con una pregunta. Así lo fuerza a que conteste él mismo la pregunta que antes le había dirigido a Jesús. Y el escriba contesta bien: el que tuvo compasión es el prójimo. Esto lo debemos traducir bien: quiere decir que el que amó al caído se sintió prójimo de esa persona indefensa y actuó del modo que Dios esperaba de él. Los que pasaron de largo consideraron que el samaritano –por serlo- no merecía ser considerado prójimo ni que ellos lo fueran de él.

10. El texto finaliza de una manera extraordinaria: Jesús le dice –nos dice- “ve y haz tú lo mismo”.

Este relato se lo ha analizado de decenas de formas. En general los comentaristas se concentran en destacar la bondad del samaritano, su actitud piadosa. Se ha criticado que un “exceso” de amor puede esconder un negocio celestial: yo ayudo al prójimo para ganarme la vida eterna. Sería un acto interesado, con segundas intenciones. Casi como deseando encontrar un caído para luego poder ayudarlo. El amor así sería un sentimiento distorsionado pues buscaría responder a mi necesidad de quedar bien frente a Dios más que a la de responder al clamor de la persona caída. Si esto es así está mal y nada tiene que ver con el mensaje de la parábola.

En ella Jesús destaca no que el samaritano fuera bueno –ni siquiera más bueno que el sacerdote y el levita que huyeron-, sino que supo ver el rostro de Dios en el cuerpo del caído. Su acto responde a la sencilla experiencia de reconocer la imagen de Dios en cada ser humano y especialmente en aquellos que son maltratados, golpeados, que sufren injusticias. No obra para ganarse ningún cielo sino en respuesta a una verdad profunda que lo vincula con cada persona. Por eso la falta de los que siguieron de camino es más grave que la de no tener compasión por otros. Consiste en no saber ver en el prójimo la imagen de Dios.

La lección para los judíos que escuchaban estas palabras es que aquel al que ellos despreciaban resultó ser el que estaba más cerca de Dios y de sus enseñanzas. Los prestigiosos sacerdotes y levitas no fueron capaces de comprender una ley elemental que los llamaba a responder al prójimo.

Esquema para la predicación

1. Se puede comenzar destacando las dos partes de este pasaje: el diálogo de Jesús con el escriba y la parábola en sí. Destacar que la pregunta del escriba –aun siendo en él con doble intención- es hoy vigente y nos involucra a nosotros.
2. Comentar la actitud del escriba y su interés en dejar en evidencia la supuesta ignorancia de Jesús. Al final será él mismo revelado como ignorante.
3. Luego ir hacia la parábola. Explicar quienes son los personajes en juego y cuales sus roles sociales.
4. Brevemente recordar los mutuos prejuicios entre samaritanos y judíos.
5. Destacar que mientras unos pasaron de largo lo que hizo que el samaritano ayudara al caído fue su actitud de ver a Dios en él.
6. ¿Cómo describiríamos a nuestros prójimos hoy?
7. La predicación puede cerrarse con un llamado a reflexionar sobre nuestra actitud. ¿Vemos a Dios en el prójimo? ¿Nos sentimos prójimos de aquellos con quienes no estamos de acuerdo (pueden ser razones familiares, culturales, políticas, generacionales, etc.)?

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 052 – Julio de 2004**Instituto Universitario ISEDET****Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001***Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET*

Buenos Aires, Argentina

*Este material puede citarse mencionando su origen***Responsable para el mes de julio de 2004: Pablo R. Andiónach****Domingo 18 de julio, Séptimo domingo de Pentecostés**Salmo 15; Génesis 18:1-10a; **Colosenses 1:15-28**; Lucas 10:38-42

La epístola a los colosenses es una de esas cartas que se atribuyeron al apóstol Pablo aunque es muy probable que no fuera él mismo su autor. Sucedió en los primeros años del desarrollo de la Iglesia que circularon muchos textos cristianos, la mayoría de gran valor religioso y teológico, y que justamente por su valor eran atribuidos a personas de alto prestigio entre los creyentes. Era una forma de exaltar las virtudes de un texto y también de recomendarlo para su lectura. Es como si hoy dijéramos de un texto que es tan bueno que merecería haber sido escrito por el apóstol Pablo. Solo que en aquellos tiempos en que el derecho de autor no existía ni le interesaba a nadie, simplemente se pasaba del merecer a atribuir sin casi ninguna diferencia. Cuando llegó el tiempo de definir el canon, los textos atribuidos a un personaje de alta estima fueron asumidos como si hubieran efectivamente sido escritos por ellos. De todos modos es necesario recordar que la Palabra de Dios consiste en el texto, no en su autor. Es palabra del Señor por lo que dice, no por quien lo escribió. Y prueba de ellos es que el apóstol seguramente escribió muchas otras cartas las que no fueron tenidas en cuenta para incorporarlas al grupo de textos sagrados.

Estamos entonces frente a un texto magnífico, cuyo mensaje fue esencial para el crecimiento de la Iglesia y que contribuyó a clarificar el sentido de la afirmación de que Cristo estaba en medio de los creyentes cuando ellos se reunían en su nombre. Como se ve, es un tema tan vigente ayer como hoy, pues nosotros también nos reunimos en su nombre y confiamos en su presencia.

Vamos a señalar algunos hechos que contribuyen a una comprensión más profunda de su mensaje.

1. En la insipiente iglesia de Colosas padecían un problema muy común. Había miembros que introducían en la Iglesia doctrinas que no provenían de la fe transmitida por los apóstoles sino que estaban influenciadas por el pensamiento secular de la época. Es importante tener en cuenta que no lo hacían con malas intenciones ni buscando destruir la comunidad. Tampoco sería correcto suponer que actuaban de ese modo movidos por intereses personales. Lo que sucedía es que la influencia del medio cultural y religioso del mundo romano era tan fuerte y tan atractiva desde el punto de vista intelectual y práctico, que muchos se confundían y creían que trayendo ideas de ese contexto al seno de la comunidad estaban ayudando a que el mensaje fuera más “actual”, más afín a la ideología de la época.

2. En este contexto occidental –Colosas era una ciudad del Asia Menor, la actual Turquía, pero en aquel entonces un lugar de clara cultura griega- debemos recordar que el cristianismo naciente no solo era visto como una religión del oriente sino que en realidad lo era. Sus textos sagrados eran judíos, sus prácticas derivaban de ritos judíos, su líder espiritual había nacido y vivido en Palestina. Evocaban como propias las historias del pueblo de Israel en el antiguo Egipto y decían que los profetas de aquella nación habían sido los voceros de un Dios que se revelaba para todas las naciones.

3. No era extraño entonces que para muchos nuevos creyentes el mensaje pareciera un poco limitado. Como si fuera dirigido a un solo pueblo y en función de su propio destino. Hacerse cristiano podía significar en aquellas primeras décadas de la incipiente Iglesia hacerse miembro por adopción del pueblo judío, con el detalle de que se pertenecía a una secta particular dentro de ese pueblo: aquellos para quienes el mesías esperado había sido reconocido en Cristo. Entonces un creyente podía ser considerado un judío para el cual el mesías ya había llegado, a diferencia del resto que aún lo estaban esperando.

4. Así las cosas, muchos sentían que una diferenciación era necesaria. El problema es que la buscaban en el lugar equivocado. Sería largo entrar ahora en ese tema, pero se puede decir en pocas palabras que quienes así pensaban intentaban vincular la nueva fe y doctrina con el pensamiento filosófico greco-romano. Básicamente se centraban en aceptar el poder de divinidades propias el panteón romano, sea bajo la forma de ángeles o bajo el modelo de espíritus que actuaban entre las personas dispensando bendiciones o maldiciones. Un segundo tema importante era la exigencia del cumplimiento de ciertas reglas de alimentación y de un calendario de fiestas religiosas. Si bien no eran las reglas y fiestas judías, sin duda que esto estaba basado en aquella tradición que Jesús había relativizado como camino de salvación.

5. Del texto que hoy leemos –que es muy rico y ofrece material para varias predicaciones- vamos a enfatizar algunos elementos. Ellos surgen de la confrontación con el contexto que acabamos de describir.

6. El primero es la centralidad de Cristo para el mensaje cristiano. Se dice que “en él fueron creadas todas las cosas”. Se señala que refiere a las de los cielos y la tierra, pero luego nos sorprende al incluir realidades humanas, como lo eran los “tronos” y la misma comunidad de fieles, la “iglesia”. Se busca destacar que para los creyentes Cristo es el centro de la existencia de la creación. Todo remite a él, todo es puesto bajo su dominio.

7. Un segundo tema que se desprende del anterior es que Cristo es la cabeza de la iglesia. Esto significa que quien rige la vida y las decisiones en el seno de la comunidad debe ser Cristo mismo. Cuando se buscaban formas alternativas de religiosidad que incorporaban otros “señores” a la doctrina de la fe, aquí se afirma que el único criterio para establecer qué se debe creer y qué no, qué se debe observar y qué está demás, cuál es el mensaje a compartir y cuáles son meras palabras huecas, es la figura y mensaje de Cristo mismo.

8. ¿Tiene algo que ver esta situación y este mensaje con nuestra experiencia de ser iglesia hoy? ¿Tenemos problemas parecidos, o son problemas del pasado? ¿Es Cristo el centro de la vida de nuestra iglesia?

9. En nuestra opinión este problema es y será siempre un tema actual en la vida de la iglesia cristiana. Se lo puede formular así: cómo traducir el mensaje de Cristo al lenguaje de nuestro tiempo sin distorsionar su centro y sin abandonar el corazón de su prédica. Dicho de otra manera: cómo permanecer fieles al evangelio cuando las necesidades de anunciarlo en nuestro contexto nos obliga a presentarlo de manera afín al lenguaje de este tiempo.

10. Hay dos riesgos en esta empresa. Uno es el de creer que hay un evangelio puro que no necesita de un lenguaje que lo adapte al tiempo presente. Así creemos que mantenemos el “verdadero” evangelio contra aquellos que lo modernizan y adaptan. Aquí “modernizar” a “adaptar” significarían distorsionar y traicionar la verdadera fe heredada. Es importante notar que Cristo –y el apóstol Pablo- actuó de otra manera. El se preocupó por ofrecer su mensaje en un lenguaje que fuera comprensible para el hombre y la mujer de su tiempo. Habló de los problemas reales de la gente. Un flaco favor le hacemos a la fe y a Cristo si en nombre de un evangelio puro que pretendemos defender (¿y quien lo ataca?) no hiciéramos más que repetir viejas fórmulas heredadas. Probablemente sería el evangelio pero presentado de un modo incomprensible para el oyente, respondiendo a preguntas que no se hace. Y estaríamos haciendo aquello que se ha oído por allí: rascando donde no pica.

11. El otro riesgo puede considerarse el inverso: entusiasrnos con el acceso a un lenguaje actual y transmitir un evangelio debilitado. Es decir, en la búsqueda de sintonizar con el sentir de nuestro tiempo caer en predicar “lo que la gente quiere oír”. Es probable que por esta vía se nos llene de gente la iglesia, o que nos hagamos populares y crezcamos en fama. ¡Hasta van a felicitarnos por la eficacia en anunciar el evangelio! Pero... ¿puede ser ese el criterio para evaluar la predicación?

12. A estas situaciones la epístola responde anunciando la centralidad de Cristo en la creación y en el gobierno de la Iglesia. Se debe predicar a Cristo y su mensaje, lo demás llega por añadidura.

Esquema para la predicación

1. Es preciso introducir el texto leído comentando algunas de las características de la epístola y su mensaje.
2. Describir las corrientes que distorsionaban el mensaje de la fe.
3. Es importante dejar en claro que no eran producto de luchas internas en la iglesia sino de la buena voluntad de algunos de compatibilizar la fe con las exigencias de la cultura greco-romana. Pero estaban equivocados.
4. Luego reflexionar sobre nuestros desafíos hoy. La tarea de la iglesia que debe anunciar el evangelio en el contexto de nuestro mundo y sus problemas.
5. Mencionar cómo esa búsqueda es constante e imprescindible, a la vez que debemos ejercerla teniendo en cuenta los riesgos que implica.
6. Llevar la reflexión hacia el punto de que lo central es Cristo y que en la predicación de la iglesia todo lo demás debe ser medido con su medida.
7. La tarea de cada creyente hoy es presentar el evangelio de modo que sea comprendido por aquellos para quienes está destinado: toda persona, cada cual en su contexto.
8. La iglesia tiene esa misión intransferible.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 052 – Julio de 2004

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable para el mes de julio de 2004: Pablo R. Andiónach

Domingo 25 de julio, Octavo domingo de Pentecostés

Salmo 138; Génesis 18:20-32; **Colosenses 2:6-15** (16-19); Lucas 11:1-13

Este texto continúa la predicación del domingo anterior. Ahora los temas se profundizan y lo que antes era una insinuación ahora es un mensaje nítido. El énfasis de que Cristo es el Señor lo vemos en que en 2:6 se lo menciona de esa manera y que es así solo en este texto y en Efesios 3:11. Decir “Jesús es el Cristo, es el Señor” es toda una afirmación de fe que merece ser meditada.

1. Aunque hoy a los cristianos nos resulta una verdad evidente y sin discusión, la afirmación “Jesús es el Cristo” no era en aquellos tiempos una expresión que no requiriera explicación y debate. En el seno de las primeras iglesias había muchos –en algunos casos la mayoría- de miembros judíos que habían aceptado el mensaje de Jesús. Sin embargo la atribución de las facultades de “ungido de Dios” (eso quiere decir “Cristo”) podían no estar del todo claras. ¿Era este el que había de venir o hay otro detrás de él? Después de todo, la descripción que se hace del mesías en muchos de los profetas no coincidía plenamente con la figura de Jesús.

2. Se espera un guerrero que elimine a los romanos. Se esperaba un rey que reemplazara a la dinastía herodiana. Se esperaba uno que exaltara las antiguas glorias de Israel, las gestas de David. Se esperaba un nuevo profeta que confirmara las antiguas leyes y las aplicara en forma estricta. Se esperaba un sacerdote que fuera fiel y que limpiara el templo de impurezas.

3. Es de notar que ninguna de estas descripciones se cumple en Jesús aunque en cada una de ellas se pueden ver rasgos presentes en su vida. Pero también es necesario notar que Jesús modifica la comprensión de buena parte de las profecías sobre sí mismo. Por ejemplo, él es de la casa de David, pero no reproduce las gestas militares de aquel antepasado. Jesús pone en evidencia la crueldad romana, pero no la combate militarmente. Confirma las leyes pero las amplía y reformula en función de nuevas situaciones: observa el sábado pero permite curar y juntar alimentos.

4. De modo que la afirmación de que Jesús era el Cristo (su nombre “Jesucristo”) no es una fórmula repetitiva (como lo es hoy en nosotros, aunque no debiera ser así) sino una clara declaración de fe y de adscripción a una doctrina. No hay duda que este es el que había de venir y que no hay otro. Tampoco habrá dudas de que con Cristo hay suficiente gracia como para adquirir salvación y que no se necesita de ninguna otra fuerza celestial.

5. Además de decir “Jesús es el Cristo”, aquí se dice que es “el Señor”. Esta expresión exige algunas consideraciones. Ya desde antiguo en Israel –y hasta hoy mismo- se utilizaba

la forma hebrea “Adonai” para mencionar a Dios. Se llamaba a Dios “Adonai”, es decir literalmente “mi Señor”, para denotar que era él quien gobernaba la vida del creyente. Es una declaración de reconocimiento del lugar de Dios en la vida del creyente. Al llegar el tiempo del Nuevo Testamento esta expresión pasó a ser utilizada entre los cristianos en forma indistinta para aplicar a Dios y a Cristo.

6. Sin embargo su aplicación a Cristo no fue tan directa y eso lo atestigua el hecho de que solo dos veces encontremos la forma completa en las cartas paulinas.

7. Hubo una lamentable confusión durante la Edad Media. Es sabido que en la estructura social de ese oscuro tiempo de la historia la cúspide de una región estaba ocupada por el “señor”. Este era efectivamente dueño de la tierra pero también de la vida de sus súbditos. Estos debían llamarlo “señor”. Se produjo entonces una asimilación nada ingenua entre el nombre de Dios y de Cristo con el del señor feudal. De modo que en el lenguaje cotidiano llegaba a confundirse. Frases como “es la voluntad del señor” podían entenderse de dos maneras; “debo amar a mi señor”, obviamente también. Y esto fue aprovechado por los ricos para reforzar su poder y su máquina de explotación.

8. Posteriormente la expresión “señor” volvió a su cauce correcto, aunque nunca se despegó del todo de cierto barniz vertical. Hoy, en nuestras sociedades, ser un “señor” supone cierto estatus social al que una persona humilde parece no poder acceder.

9. En este texto (v. 8) encontramos la única vez que se usa la palabra “filosofía” en forma despectiva para describir las corrientes de pensamiento ajenas a la fe cristiana. Esto no debemos tomarlo como una condena de toda reflexión humana, tal como entendemos la filosofía hoy en día. Más bien aquí se alude al pensamiento que hoy llamaríamos más bien teológico pero vinculado al panteón de dioses romanos. La filosofía aquí aludida es la que conduce a la idolatría y a la adoración primero de ídolos y luego del César.

10. Sea cual fuere la situación, lo cierto es que aquel Jesús de Nazaret, que primero fue reconocido como el Cristo, ahora es también reconocido como el Señor de las vidas de los creyentes. Y esta afirmación hecha en el contexto de una iglesia que todavía no definió sus doctrinas y que está buscando construir su identidad en medio de una sociedad hostil, cobra mayor relevancia.

11. ¿Es este también un problema nuestro? ¿Sabemos lo que decimos cuando hablamos de Jesús el Cristo, de Jesús el Señor? Me temo que hemos hecho de estas expresiones profundas meros nombres regulares, palabras repetitivas.

12. Afirmar que Jesús es el Cristo es también negarle esa condición a otras realidades. Lo mismo cabe decir de la afirmación de que es el Señor. Cuando la vida de las personas estaba gobernada por diversos “señores” aquí se afirmaba que para los creyentes había un único señor. Es de notar que la o las religiones romanas no consideraban a los dioses como señores de las personas. Ellos conducían los destinos de todos pero lo hacían en un sentido trágico, irrevocable. Los dioses dirigían la vida de cada pueblo pero lo hacían desde el silencio. De modo que no podían considerarse como seres que dieran alguna instrucción para la vida o que se preocuparan por la suerte (bendición o maldición) de las personas. Se agradecía a los dioses o se lamentaba su accionar, pero no se esperaba un trato personalizado de parte de ellos. Las cosas sucedían y debían aceptarse sin más.

13. A esto debe agregarse que todo habitante del imperio debía sumisión al César y acatamiento de las autoridades por él constituidas. De modo que la afirmación de fe cristiana también cuestionaba la autoridad sobre la vida de las personas de los funcionarios

reales. Quizá no se cuestionaba su autoridad secular pero sí su pretensión de ser “señor” de la vida personal y afectiva de cada uno.

14. La realidad de Jesús como Señor se hace explícita cuando en el texto se recuerda que el creyente ha sido circuncidado a través de Cristo, no físicamente sino en comunión con él. Lo mismo se dice del bautismo, una forma de morir al pasado y ser regenerados por Cristo para una vida nueva. Que el pecado ha sido vencido por Cristo para que el creyente tenga vida y renazca por su amor. Finalmente se dice que Cristo clavó en la cruz aquellas exigencias legales que conducían a la salvación para inaugurar una nueva época donde el camino de salvación pasa por su persona y su seguimiento y no por el cumplimiento de reglas o prescripciones externas.

Esquema para la predicación

1. Se puede comenzar preguntándonos si sabemos qué decimos cuando decimos que Jesús es el Cristo y que es también el Señor.
2. Comentar las distintas maneras de concebir al mesías y cómo Jesús no conformó a ninguna de ellas en forma completa.
3. Luego reflexionar sobre el contexto de la epístola, el mundo romano y sus religiones.
4. Se puede mencionar el ejemplo de la Edad Media, como una muestra de distorsión de la fe, y de un uso venial de las verdades del evangelio. También que ese es un peligro constante para la iglesia de todos los tiempos.
5. La afirmación de que es el Cristo es negarle ese rango a otras realidades.
6. ¿Qué otros poderes “rivalizan” con el verdadero Señor hoy?
7. Luego podemos preguntarnos cómo afirmamos nuestra fe en este tiempo. Cómo la proclamamos.
8. En un mundo lleno de poderosos que buscan reemplazar a Dios con sus propios señoríos, la iglesia es llamada a ser testigo fiel de aquel que es el Señor verdadero de la vida.